

Jourdan 15.000 hombres para la Vendée y otros tantos para el ejército del Rin, de suerte que cuando había de intentar tan peligrosas operaciones se le dejaban sólo 90.000 hombres, que estaban muy

lejos de poder entrar todos en batalla en un día dado. Así Jourdan, que veía claro que lo que estaba en peligro era su cabeza, hizo como que obedecía, para acabar declarando al Comité de salvación pú-



Funerales de Marat

blica que era imposible hacer nada estando tan adelantada la sesión. Carnot, que de sobras sabía la situación de Jourdan, hizo que se le retiraran las instrucciones que se le habían dado, y Jourdan pudo estimar este resultado como no menos glorioso que el obtenido en Watignies, pero el hijo de Limoges no debía olvidar que también Houchard obró de acuerdo con el Comité de salvación pública, lo que

no le salvó de la guillotina. En efecto, Jourdan, habiendo concentrado sus fuerzas en grandes masas para impedir descalabros parciales importándole poco las correrías enemigas por los puntos que dejaban desguarnecidos, recibió del comité la orden de que las impidiera y como desobedeciera, se le llamó á París para que diera explicaciones, que hubieron de parecer satisfactorias, sin embargo, Jour-

dan era ya un general que no obedecía á ciegas sino que discutía las órdenes que se le daban, esto le pareció grave al comité, y gracias que se limitó á destituir del mando á Jourdan, lo que dadas las circunstancias, le hubo de parecer cosa soportable,—6 de Enero de 1794.

¿Cómo pasaron las cosas en la Moselle, en donde estaba Brunswick y en Alsacia en donde hemos visto á Wurmser al pié de las famosas líneas de Wissemburg?

Las famosas líneas fueron abandonadas casi sin combatir, y sin batalla alguna pudo Wurmser pre-



María Antonieta en la Conserjería

sentarse delante de Strasburg, saliendo, empero, fallido su propósito de apoderarse de la ciudad por un golpe de mano, pues descubierta la conspiración realista que debía entregarle la ciudad y anegada en sangre, Wurmser no estaba en disposición de apoderarse de una plaza de primer orden pronta á ser detenida por un ejército que no había sido vencido y que podía ser vencedor si se le daba un general.

Este general lo tuvo el ejército del Rin en Pichegru, soldado voluntario de artillería antes de la revolución, luego clase del mismo cuerpo, y como todos sus camaradas, ardiente revolucionario en el año 1789. Jefe del club Jacobino de Besançon corrió al socorro de Strasburg con un batallón de voluntarios que le nombró su jefe, llegando en poco tiempo á general de brigada y de división sin haber entrado nunca en fuego. Saint-Just que estaba á la

zación de comisario en Strasburg le hizo nombrar, como hombre de gran carácter y de vastos conocimientos militares, y Saint-Just se acreditó con esto de profundo conocedor de aquel hombre que como hemos dicho, era ya general de división sin haber mandado nunca dos regimientos ni haber oído las balas. Tal era el general que al tomar el mando del ejército del Rin declaraba que era necesario tomar la ofensiva y no descansar hasta haber hecho levantar á los austriacos el cerco de Landau. Pero para esta operación era necesario contar con el ejército de la Moselle.

Allí mandaba un hombre que en Dunkerque había esperado batir completamente á York cuando no era más que general de brigada, un general salido de las más humildes filas del pueblo y á quien hemos visto portarse como un hombre de corazón en Versalles en los primeros días de la revolución, allí estaba Lázaro Hoche.

Conocemos sus antecedentes; digamos ahora algo de su carrera. Un secreto presentimiento de su destino hizo á Hoche un hombre que se distinguía de los de su clase, por su continente, por su sagacidad, y por su seguridad. No era más que sargento cuando habiéndose pasado en el Servan en ocasión de una revista, le nombró oficial. Republicano entusiasta y soldado valeroso se ganó sus charreteras de capitán en Thionville, y el general Leveneur que adivinó sus talentos se le llevó de ayudante cuando la campaña de Bélgica. Cuando Leveneur después de la batalla de Neerwinden sospechó la traición de Dumouriez, fué Hoche quien llevó la denuncia á París, y esto le valió al joven capitán la ocasión de intimar con los primeros hombres de la situación aceptando desde luego sus costumbres y sus maneras, jurando y blasfemando como el inmundo redactor del *Pere Duchesne*, pero sin que la rudeza de su lenguaje y de sus formas fuera bastante á cubrir para los que como Servan saben ver á un hombre en las filas de un batallón, todo lo que en su alma noble y generosa alentaba en favor de la libertad y de su patria. Hoche condenó desde luego el sistema militar vigente lo mismo en Francia que entre los aliados, no comprendía cómo se distribuían las fuerzas en tantos cuerpos de ejército hasta independientes unos de otros, y aún como el general de un mismo cuerpo de ejército hacía lo mismo, imposibilitándose de esta suerte toda acción decisiva, así hubo de escribir sobre esto al comité, y Carnot que sabía distinguir los hombres de mérito, exclamó al leer sus observaciones: «¡hé aquí un oficial que hará su carrera!» á lo que le contestó Robespierre: «¡hé

aquí un oficial peligroso!» En efecto, Hoche era de los que ya discutía con el comité, y de los que reprendía sus disposiciones. En fin, llegó la hora de Hoche, y fué nombrado por ese mismo comité y por Robespierre general del ejército de la Moselle. Robespierre pudo decir que hacía de la necesidad virtud, Carnot apoyó resueltamente su nombramiento.

Hoche una vez hubo tomado posesión de su ejército, vió que era necesario hablar claro para no comprometerse como lo habían hecho todos sus antecesores, así principió declarando al comité que su ejército sólo existía de nombre, que era débil, desorganizado y tan desalentado, que sólo el ejército del Rin podría reanimarlo y fortalecerlo, por lo que enviaba á Pichegru una división de sus tropas para que éste pudiese maniobrar ya que á él le era imposible. Admirable ejemplo de desprendimiento y amor patrio, raro en la historia militar. Hoche, general de carrera, que ya tenía una brillante hoja de servicios se retiraba para colocarse detrás de un general que no había oído nunca el fuego. Pero en París, como era natural, y sobre todo en el ministerio de la guerra, se tenía más confianza en Hoche que en Pichegru, así se mandó á éste que reforzara á Hoche, y á éste le mandó el ministro de la guerra que lo era Bouchotte una hechura de Hebert que intentase una vasta operación contra Brunswick, que dió por resultado la batalla de Kaiserslauten,—29 de Noviembre,—de la que no salió vencedor Hoche, pero en la que tampoco fué vencido. Pero Hoche vió que sus tropas eran más sólidas de lo que él creía, que tenían confianza en su general y que estaban dispuestas á batirse, y resolvió operar independientemente de las órdenes del comité, ó por mejor decir con la independencia propia de un general en jefe, necesaria á sus grandes responsabilidades. Sin embargo, le avisó de que iba á llevar al Rin las dos terceras partes de sus tropas y los refuerzos que se le mandaban y el comité no puso obstáculos á sus proyectos, á pesar de Kaiserslauten.

Brunswick conoció más ó menos bien los planes de Hoche, á lo menos conoció su marcha, y esto le decidió á juntarse con Wurmser á quien Pichegru tenía en una continua alerta que debilitaba y desalentaba sus tropas. Hoche no podía impedir la unión del duque y del austriaco, pero éstos tampoco podían impedir la unión de Hoche y Pichegru. En efecto, aquél se presentó en el campamento de éste el 22 de Diciembre de 1793.

Hoche estaba tan convencido de que la superioridad numérica de sus tropas le habían de dar la vic-

toria, que se negó á revelar su plan á Saint-Just. Lacoste y Baudot comisarios de la Convención, y quien sabe lo que hubiera pasado si estos dos últimos no hubiesen apoyado al joven general, pues Saint-Just insistía y no era hombre por dejarse imponer. Sin embargo, accedió á que se realizaran unas operaciones que desconocía, pero de cuyo éxito le respondía la cabeza de Hoche. Este triunfó, y triunfó en Werdt y Freschwiller, de modo que Hoche inauguraba en el mismo campo de batalla que abrió á los prusianos la marcha á Sedan y París en 1870, la serie de victorias que iban á abrir á los franceses el camino de Jena y de Berlín. La victoria, sin embargo, no fué tan completa como Hoche tenía derecho á esperar por culpa de Pichegru que ya ensaya su papel de traidor.

Pichegru, cuando ya sus fuerzas estaban en línea de batalla el 24 para completar de acuerdo con Hoche su victoria atacando á los austriacos en Wissemburg, se marchó á Haguenau en donde estaban los comisarios de la Convención, descubriéndose en aquel momento que sus soldados y su artillería no tenían municiones. Hoche los amunicionó con las suyas, pero el general en jefe del ejército del Rin no aparecía, y el general Lefevre, uno de aquellos sargentos del antiguo régimen, que como Bernadotte no podían ser oficiales por no ser nobles y que debía llamarse un día el duque de Dantzig, en vano en un furioso altercado intentó hacer que Pichegru cumpliera con su deber; Pichegru, ya lo hemos dicho, se fué á Haguenau á pedir la destitución de Lefevre y una orden terminante para que el ejército de la Moselle dejase de pesar como pesaba sobre el ejército del Rin. Hoche, siempre grande y generoso, enterado de lo que pasaba, mandó á Haguenau para que se nombrara á Pichegru general en jefe de los dos ejércitos, y Saint-Just obtuvo de sus colegas que así se hiciera, pero Lacoste y Baudot se arrepintieron luego, convencieron á Saint-Just, y el 25 de Diciembre recibía Hoche el mando de los dos ejércitos. Saint-Just y Pichegru profundamente lastimados declararon que no aceptaban la responsabilidad de lo que podía ocurrir.

Hoche se apresuró á realizar lo que de él se esperaba.

Al día siguiente empezó el ataque; 35.000 hombres se concentraron en el centro contra Wissemburg, mientras el ejército de la Moselle formaba sus dos alas, teniendo tres divisiones á la izquierda y dos á la derecha hacia Lauterburg.

En el momento preciso de ir á romper el fuego llegó al ejército la noticia de haberse reconquistado

Tolon, y como si esto fuera ya el anuncio de su victoria, el ejército se lanzó lleno de entusiasmo al asalto de la quinta de Geisberg situada en una altura delante de la llanura de Wissemburg. El combate fué de poca duración, pero decisivo, pues solo la llegada de Brunswick pudo contener la furia francesa, y proteger la retirada de los austriacos á Wissemburg, que abandonaron cañones y equipajes para ir más ligeros, arrastrando su ala izquierda, es decir, á los emigrados que con Condé al frente se batieron bien en Lauterburg. El resultado de la victoria fué libertar á Landau que desde el mes de Mayo tenían sitiada los austriacos, y la retirada de Wurmser al otro lado del Rin, la que daba por resultado el que Brunswick tuviera que abandonar á los franceses casi todo el Palatinado.

Acudamos ahora á Tolon; nos interesa saber cómo se recuperó el puesto militar francés del Mediterráneo.

Apenas el almirante inglés Hood se apoderó de la ciudad, se apresuró á ponerla en riguroso estado de defensa, pues temía que Carteaux no intentase recuperarla por medio de un golpe de mano, ahora que había conseguido disolver la insurrección girondina de la Provenza que, como hemos dicho, trocó en realista la fuerza de las cosas.

Hood sacó de los buques de su armada y de los aliados, de España, Cerdeña y Nápoles la más gente que pudo para defender los fuertes y la plaza, á los que también acudieron los realistas de la ciudad que en vano pidieron al conde de Provenza que fuera allí para empezar la reconquista de Francia, como años más tarde la principió otro destronado desde su vecindad, y que ahora iba á lograr que por primera vez se hablase de él.

Carteaux, en efecto, se presentó delante de Tolon, pero el general republicano sólo llevaba tres mil trescientos y tantos hombres, y sin embargo, tuvo que principiar el ataque porque así se lo ordenaron los comisarios de la Convención que tenían al hermano de Robespierre á la cabeza.

Sin embargo, Carteaux venció en las gargantas de Oullioles á los ingleses (17 de Setiembre), y se presentó delante de la plaza, en donde vino á reemplazarle con algunos miles de hombres el general Dugommier á quien se había encargado el sitio de Tolon.

Dugommier era un antillano, hijo de la Guadalupe, y la revolución le encontró de pacífico colono de sus propiedades, á las que se había retirado después de haberse ganado el empleo de teniente coronel. Nombrado coronel de las guardias nacionales de la